

Elogios para **La milla extra**

«Recuerdo cuando Evan me contó que estaba planeando un viaje en bicicleta por Sudamérica. No sabía muy bien qué pensar. Siempre he admirado su entusiasmo y compromiso con las causas que defiende. Así que lo seguí de cerca durante los días que duró *Ciclo Vida* mientras oraba fervientemente que el Señor enviara más ángeles para protegerlo a él y al resto de los participantes. Sin embargo, leer el relato de primera mano de Evan sobre todo lo ocurrido no solo resultó inspirador, ¡también fue emocionante! Él nos permite seguir al grupo en esta aventura que incluye pinchazos, accidentes, visitas al hospital y frustrantes interrupciones policiales.

»A través de la lectura podemos experimentar cada alegría milagrosa y cada dolorosa dificultad que vivieron durante esos días. A veces, me reí a carcajadas. Otras veces, sentí un nudo en la garganta al revivir este increíble viaje nacido en la mente de un hombre que se preocupa: se preocupa por la gente, se preocupa por el ministerio, se preocupa por su vocación, se preocupa por los necesitados, se preocupa por Dios. Me gustan las ideas locas, y *Ciclo Vida* sin duda encaja en esta categoría. ¡Te va a encantar este libro!».

—MARCOS WITT, ganador del premio Grammy Latino
y el premio Dove, y autor

«Hay dos maneras de ver la vida: una es esperando el milagro de Dios y la otra es considerando cada día como un milagro de Dios. Evan nos anima a elegir ver las maravillas de Dios en *La milla extra*».

—JUAN DE MONTREAL, artista cristiano,
popular creador de contenido y comediante

«*La milla extra* desafía a los lectores a vivir con valentía para Jesús. Este libro es una llamada de atención para dejar de vivir la vida cristiana con apatía y empezar a amar a las personas como lo hizo Cristo: con sacrificio, amor y propósito».

—TASHA LAYTON, una de las cinco mejores artistas cristianas femeninas
de Billboard en 2020 y autora de *Look What You've Done* y *Boundless*

«La primera vez que Evan Craft me describió su épico viaje en bicicleta, me cautivó. Muchos de nosotros nos subimos a un escenario para dirigir la adoración, pero aquí Evan le estaba añadiendo un toque extra a su adoración a Dios: él completaba la integridad de las cosas sobre las que estaba cantando con la vida entregada que vivía fuera del escenario. Hay que pensar que a Dios le encanta ese tipo de ofrenda. El canto es relativamente fácil; la prueba está siempre en la vida. Sé que al leer este libro, al igual que yo, vas a encontrar su viaje fascinante».

—MATT REDMAN, ganador del premio Grammy
y el premio Dove, y autor

«El corazón de Evan sale a relucir en este libro, y es un corazón humilde. ¡Estoy agradecido de escuchar una historia que desea la fama de Dios por encima de la nuestra!».

—JIMMY NEEDHAM, aclamado cantautor, orador
y autor de libros infantiles

EVAN CRAFT
CON CRAIG BORLASE

LA MILLA EXTRA

**Cómo *salir* de nuestra *zona de confort*,
hacer grandes cosas para
Dios y *llegar a la meta***



GRUPO NELSON
Desde 1798

La milla extra

Publicado por Grupo Nelson, 2025, Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson es una marca registrada de HarperCollins Christian Publishing, Inc.

Este título también está disponible en formato electrónico.

© 2025 por Evan Kenneth Craft

Todos los derechos reservados.

Publicado en inglés bajo el título: *The Extra Mile*

© 2025 por Evan Craft

Por K-LOVE Books, en asociación con Forefront Books, Nashville, Tennessee.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro—, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

Los sitios web, números telefónicos y datos de compañías y productos mencionados en este libro se ofrecen solo como un recurso para el lector. De ninguna manera representan ni implican aprobación ni apoyo de parte de Grupo Nelson, ni responde la editorial por la existencia, el contenido o los servicios de estos sitios, números, compañías o productos más allá de la vida de este libro.

Queda expresamente prohibido todo uso no autorizado de esta publicación para entrenar cualquier tecnología de inteligencia artificial (IA) generativa, sin limitación a los derechos exclusivos de cualquier autor, colaborador o editor de esta publicación. HarperCollins también ejerce sus derechos bajo el Artículo 4(3) de la Directiva 2019/790 del Mercado Único Digital y excluye esta publicación de la excepción de minería de textos y datos.

HarperCollins Publishers, Macken House, 39/40 Mayor Street Upper, Dublin 1, D01 C9W8, Ireland (<https://www.harpercollins.com>).

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Biblia de las Américas™ «NBLA™» © 2005 por The Lockman Foundation, La Habra, California 90631. Sociedad no comercial. Derechos reservados. www.NuevaBiblia.com.

Las citas bíblicas marcadas «NVI» son de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®. Copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.* Usada con permiso de Biblica, Inc.* Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Canción «La milla extra», Copyright © 2018 Evan Craft Music (ASCAP) Capitol CMG Genesis (ASCAP) (adm. at CapitolCMGPublishing.com). Todos los derechos reservados. Usada con permiso.

Canción «Lo más bello» por Alex Duart. Todos los derechos reservados. Usada con permiso.

Traducción: *Interpret The Spirit*

Diseño interior: *Deditorial*

Tapa rústica: 978-1-4003-4779-7

eBook: 978-1-4003-4780-3

Audio: 978-1-4003-4781-0

La información sobre la clasificación de la Biblioteca del Congreso está disponible previa solicitud.

Impreso en Estados Unidos de América

25 26 27 28 29 30 LSC 9 8 7 6 5 4 3 2 1

A Rachel, el amor de mi vida y mi mejor amiga.

A nuestras hijas Sofía y Hannah.

*Las amo con todo mi corazón y prometo
encontrar pasatiempos más seguros que
recorrer Sudamérica en bicicleta.*

Contenido

<i>Cada viaje comienza en algún lugar (Introducción)</i>	9
CAPÍTULO 1: «¡Prepárate, Latinoamérica, Evan Craft está en camino!» (Y otras cosas ingenuas en las que solía creer)	17
CAPÍTULO 2: Zonas de confort (y cómo evitarlas)	31
CAPÍTULO 3: ¿Artista o soldado? (Es difícil ser ambas cosas)	43
CAPÍTULO 4: Espera lo inesperado	65
CAPÍTULO 5: Lo peor de Evan Craft	85
CAPÍTULO 6: Perder el control	107
CAPÍTULO 7: El accidente	129

CAPÍTULO 8:	Por qué estamos aquí	149
CAPÍTULO 9:	Comprando zapatos (y otros milagros)	173
CAPÍTULO 10:	Después de la caída	187
	<i>¿Y ahora qué? (Conclusión)</i>	199
	<i>Agradecimientos</i>	203
	<i>Acerca del autor</i>	205

Cada viaje comienza en algún lugar

(Introducción)

17 de agosto de 2017. Bogotá, Colombia.

AHÍ ESTABA YO, sobre un escenario frente a ochenta mil personas, a mitad de mi canción «Nunca más atrás» (conocida en inglés como «Comfort Zone»). Miré hacia afuera. No podía ver con claridad los límites de la multitud ni distinguir a las personas dentro de ella. Cuando los números son tan grandes, los rostros y brazos se difuminan unos con otros, tan impersonales como un bosque que se funde con el horizonte. Y lo más extraño de todo era que, aunque jamás había tocado mi música frente a tanta gente, no se sentía como lo imaginé. No se sentía como la cima ni como si por fin lo hubiera logrado. Estaba en el escenario con mi banda, compuesta por mis mejores amigos, cantando una canción que había

escrito en mi habitación años atrás. Las lágrimas corrían por mi rostro mientras rendía el corazón ante Dios y escuchaba cómo la melodía que alguna vez había sacado del aire llenaba el lugar. Pero en ese momento, en ese sitio, todo se sentía...

... vacío.

Al día siguiente del concierto más grande de mi vida, ese vacío había crecido. Me desperté sintiéndome mal. Pero no era esa sensación pasajera de «lo que sube tiene que bajar». No era una simple resaca de adrenalina. La verdad es que en ningún momento de la noche anterior sentí realmente emoción al estar sobre el escenario. Mi corazón no estaba puesto en ello como solía estarlo.

Esa sensación me acompañó durante el desayuno y a lo largo de la mañana. Era un día de viaje, así que mis recuerdos de ese momento son un torbellino de imágenes: estar sentado con los codos pegados al cuerpo mientras nos apretábamos en la parte trasera de un auto camino al aeropuerto, esperar por horas para registrarnos y abordar el vuelo, y luego más tiempo con los codos pegados al cuerpo mientras volábamos al siguiente destino. Había vivido días como ese cientos de veces en conciertos anteriores, pero este era distinto. Ese día enfrenté cara a cara una de las verdades más incómodas sobre mí mismo:

Estoy logrando todo lo que alguna vez soñé... y no es suficiente.

No era un pensamiento agradable. Y no venía solo. Pronto mi mente se llenó de preguntas:

¿Y si esto es lo mejor que puedo conseguir?

¿Y si mi vida ha llegado a una meseta y ya no hay más?

¿Voy a seguir haciendo lo mismo durante los próximos cuarenta años?

¿Puedo realmente llamar a esto «mi ministerio» si solo estoy aguantándolo, intentando sacarle el mayor provecho posible?

Al final del día, no solo me sentía mal, sino que estaba empezando a desmoronarme.

Espero que tengas la bendición de contar con un mejor amigo. Tal vez sea tu cónyuge, un hermano, tu mamá o tu papá, o alguien que alguna vez fue un desconocido, pero que ahora se ha vuelto tan esencial y familiar como los zapatos que llevas puestos. Quienquiera que sea, espero que tengas a alguien que te conozca, que te ame y cuya sabiduría e intuición valores en tu vida. Espero que tengas a esa persona a quien puedas llamar cuando todo parezca un desastre, alguien a quien le puedas contar la historia sin filtros y sin miedo a su respuesta.

En algún punto entre Bogotá y California, al día siguiente, llamé a mi mejor amigo.

—¿Evan?

—Sí, Paul. Necesito hablar.

—Te escucho —dijo con esa capacidad única que tienen los verdaderos amigos para saber cuándo es mejor no decir más de lo necesario.

—Tuvimos la mejor noche de nuestras vidas y... —hice una pausa. Fue extraño, después de tantas horas con pensamientos enredados en mi cabeza, me costaba encontrar las palabras—. Era lo que siempre había perseguido. Y ahora que lo tengo, me pregunto cuál es el sentido de todo esto. Me pagan cada noche, me tratan como a un rey. Es fácil, y eso me asusta. ¿Qué sacrificios estoy haciendo para lograr esto? ¿Qué tiene de noble si en realidad no estoy ayudando a nadie?

Paul y yo nos conocemos desde hace años. Nos hicimos amigos después de terminar la secundaria, un par de jóvenes apasionados por Jesús que hablaban sin parar sobre cómo entregar nuestras vidas a Dios. Mientras yo seguí mi camino en la música, las redes sociales y los viajes por Sudamérica, él tomó un rumbo distinto, uno más silencioso, con menos público. No planeó mucho, sino que trató de mantenerse abierto a lo que Dios le indicara en cada momento. Su vida había estado llena de aventuras interesantes. Paul tenía una fe más profunda que la mía en muchas formas, y había desarrollado un fuerte sentido de propósito.

—Yo no tengo lo que tú tienes —dijo cuando terminé de hablar—. No tengo ese tipo de influencia. Por eso hice el viaje.

El viaje.

El viaje de Paul era legendario. Un año antes, había recorrido en bicicleta desde Seattle hasta Nueva York para recaudar fondos destinados a una organización que construye pozos de agua en comunidades necesitadas.

Paul tiene el físico de un jugador de fútbol americano y camina como un luchador. Su corazón y su fe están ciento por ciento enfocados en Jesús, así que la travesía fue perfecta para él. En su momento lo apoyé, pero en el fondo me estremecía

la idea. Nunca me hubiera involucrado en algo tan largo y con resultados tan lentos. Después de todo, ¿por qué pasar más de cincuenta días sufriendo si podía recaudar la misma cantidad de dinero con un solo concierto?

Sin embargo, cuando me detuve a escuchar de verdad a Paul, noté que el viaje lo había cambiado. Su fe siempre había sido fuerte. De los dos, él era el constante, el fiel, el trabajador. Yo, en cambio, soy más como una montaña rusa: mi fe es profunda, pero mis emociones también son intensas. Después del viaje, había algo diferente en Paul. No era solo que sus pulmones y músculos se habían fortalecido al pedalear de oeste a este; su fe entera se había hecho más firme. Lo había escuchado hablar sobre cómo quería dedicar el resto de su vida a servir a Dios y cómo el viaje le había dado una visión más clara de su propósito. Su enfoque era más nítido y su pasión más fuerte que antes.

Así que en ese momento, hablando por teléfono, en cuanto Paul dijo esas dos palabras, algo cambió en mí. En ese instante supe que yo también quería más de ese sentido de propósito que él tenía. El ruido del aeropuerto se desvaneció, y la sensación de vacío y desánimo se alivió un poco.

«El viaje» ya no me sonaba como una locura. Me sonaba como algo que quizás podría hacerme sentir...

... vivo.

Este libro trata de lo que sucedió después. De las semanas que pasé pedaleando desde la costa del Pacífico, en Chile, hasta la costa del Atlántico, en Argentina, con Paul y otros amigos a mi lado. De emprender un camino en busca de significado y encontrar algo mucho más grande de lo que

jamás imaginé. Habla de propósito y pasión, y de descubrir que lo mejor que he hecho en la vida no tiene nada que ver con la música, los escenarios o esas multitudes tan vastas que es imposible ver dónde terminan.

Pero también este libro trata de mucho más que eso, de algo más que lo que nos ocurrió a Paul, a nuestros amigos y a mí aquel verano. ¿Por qué? Porque creo que muchos de nosotros nos sentimos atrapados, como yo en aquel momento, en el mundo que intentamos construir. Estamos decepcionados o desilusionados. Demasiados de nosotros sentimos que nos falta un propósito. Y al hablar con amigos, me doy cuenta de que hay muchísimas personas que se sienten atrapadas en una especie de zona de confort, en una vida que nos dicen que debemos diseñar, pero que en el fondo resulta demasiado fácil y vacía.

Mi esperanza es que este libro los ayude. Mi oración es que para algunos de ustedes sea como esa pieza de Tetris que encaja a la perfección, el empujón en la dirección correcta que los impulse a realizar su llamado. Y lo que realmente pretendo es que todos vayamos más allá de nuestras propias ideas sobre el éxito y nuestros propios límites en el servicio. Quiero que descubramos que ahí, en la milla extra, Dios ya nos está esperando.

Lo dije: *La milla extra*.

En realidad, no es más que otro nombre para la Gran Comisión, la misión que tú, Paul, yo y generaciones de cristianos a lo largo de la historia hemos recibido. La milla extra significa ir a los lugares a los que Dios nos llama, servir a las personas que Él pone en nuestro camino y vivir de una manera que despierte en otros el deseo de conocer más sobre Su amor. La

milla extra no es el lugar más cómodo para estar, y eso está bien. Solo cuando nos encontramos fuera de nuestra profundidad aprendemos a nadar, y muchas veces solo cuando salimos de nuestra zona de confort y nos despojamos de nuestras distracciones y apoyos, finalmente aprendemos a confiar en Dios.

Así que si no te llevas nada más de estas páginas, por favor, lee esto dos veces:

Hagámoslo todo por salir de nuestra profundidad.

Hagámoslo todo por ponernos en situaciones en las que el fracaso parece probable, pero la fe es lo suficientemente fuerte como para ahogar las dudas.

Hagámoslo todo sin miedo a perder nada, poniéndolo todo en manos de Dios.

Hagámoslo todo sabiendo que parecemos unos locos, pero sin que nos importe en absoluto.

Hagámoslo todo, no para la aprobación de la multitud, sino para la audiencia de Uno.

Hagámoslo todo recorriendo la milla extra.

¿Estás listo?

Capítulo 1

«¡Prepárate, Latinoamérica, Evan Craft está en camino!»

(Y otras cosas ingenuas en las que solía creer)

5:28 a. m., martes 10 de mayo de 2005.

—¿EVAN? ¿LINDY? ¿CAMERON? ¿Listos para empezar?

Es temprano. Ninguno de nosotros dice mucho. Pero estamos aquí. Estamos listos.

Este es uno de nuestros rituales familiares. Papá nos despierta temprano para que estudiemos la Biblia antes de ir a la escuela. No tiene que hacerlo. Podría elegir dormir un poco más, pero él no es ese tipo de persona. Ve esto como su oportunidad de poner bases sólidas en la vida de sus hijos. Ha cometido algunos errores grandes en su propia vida, por eso no le gusta desperdiciar oportunidades.

Hablamos mucho sobre el carácter en estas sesiones matutinas. A menudo nos recuerda algunos de los errores que ha cometido y nos anima a hacer todo lo posible para evitarlos.

Pero esta mañana es diferente. No hay una historia de su pasado ni un ejemplo de su presente. Solo hay un versículo: Zacarías 4:10. Eso y una chispa en los ojos de mi papá mientras me mira.

—No desprecies los pequeños comienzos, Evan. No se me ocurre un mejor versículo para hoy.

Una hora más tarde, justo antes de las seis y treinta, estoy parado en el pasillo fuera de un aula vacía, esperando. Y escuchando. Y orando también. Orando para que la gente llegue. Orando para que el Espíritu de Dios esté presente. Orando para que, ni más ni menos, el fuego del avivamiento caiga sobre Thousand Oaks High School. Ahora mismo, a las seis y veintiocho de la mañana.

Aunque el verano está cerca, el aire es frío en esta parte del colegio. También está todo en silencio, y se siente como si yo fuera la única persona en el campus. Sin embargo, eso no me desanima. Puedo ser un estudiante de primer año de catorce años, con piernas y brazos tan delgados que se pierden en mis pantalones cargo holgados y mi camiseta de DC Talk, pero soy un creyente. Soy un «loco por Jesús» de metro y medio que está en el equipo de fútbol americano, pero que no va de fiesta. Soy un receptor de tercera línea que se siente completamente bien con parecer un poco raro, porque en el fondo sabe que verdaderos milagros están por suceder en esta escuela.

Escucho pasos y levanto la vista para ver a mi amigo, otro «loco por Jesús» llamado Spencer. Cuando se me ocurrió la

idea de invitar a todo el equipo de fútbol a un grupo de estudio bíblico temprano por la mañana, Spencer fue el primero con quien hablé.

Oramos durante un minuto o dos, luego volvemos a mirar el pasillo, atentos al sonido de jugadores de fútbol acercándose, listos para aprender sobre Dios.

—¿Nervioso? —pregunta.

—Emocionado —respondo.

Esta es la primera semana que nos reunimos. Hay cerca de cien chicos en el equipo, y Spencer y yo los hemos invitado a todos. En las conversaciones que hemos tenido sobre este estudio bíblico, nunca hemos hablado de cuántos realmente pensamos que vendrán. Confiamos en Dios, pero también somos realistas. Las seis y treinta de la mañana un martes no es exactamente el horario ideal.

El pasillo resuena con el sonido de una puerta abriéndose. Luego, unos pasos, el chirrido inconfundible de zapatillas sobre los pisos recién pulidos. Spencer y yo levantamos la mirada, listos para ver cuántos vienen.

—Oh —digo cuando los veo.

—Sí —dice Spencer.

—Eso es *much*a gente.

Nuestra intuición de que Dios nos estaba invitando a unirnos a una gran aventura resultó correcta. La reunión de los martes en la mañana duró seis meses a lo largo de mi primer año de secundaria, y en algunas ocasiones llegaron hasta noventa personas.

No vimos muchos de los que en ese entonces habría llamado «milagros genuinos». A nadie le volvió a crecer una

extremidad ni tumores desaparecieron en medio de una oración. Pero dado que el grupo estaba compuesto por atletas sanos, no había tantas oportunidades para ese tipo de milagros en primer lugar. Y eso no nos desanimó ni a Spencer ni a mí. Solo estábamos felices de servir a Dios y descubrir que no hay una edad mínima para el ministerio.

Esa reunión no era mi única oportunidad de crecimiento espiritual. Soy hijo de pastor, así que siempre pasé mucho tiempo en la iglesia de mi papá, Northbound. Me encantaba cada parte de aquello, desde ver a mi papá predicar y notar que toda la sala quedaba en silencio, hasta observar a los cantantes y guitarristas entregarse por completo a la música. Cuando tenía trece años, comencé a aprender a tocar la guitarra con la esperanza de que algún día yo también pudiera liderar la alabanza. Esos momentos en la iglesia eran cautivantes, igual que algunos de mis primeros recuerdos de cuando comenzaron a incluir intérpretes del lenguaje de señas. Me sentaba y miraba como si fuera un espectáculo de magia, fascinado al ver cómo la gente se comunicaba de una manera que yo no entendía.

Hubo buenos momentos en la iglesia, pero también complicaciones. En el vecindario vivían muchos hispanohablantes, y me molestaba la forma en que algunos miembros blancos de la congregación hablaban negativamente sobre los latinos. No tenía sentido para mí que un cristiano pudiera leer el mandato de Jesús de «amarás a tu prójimo como a ti mismo» y luego hablara despectivamente de las mismas personas que vivían en su vecindario. No quería ser así en absoluto, y desde muy joven decidí que si realmente deseaba compartir mi fe tendría que hablar español

con fluidez. Así que cuando me encontraba en *middle school* (secundaria) comencé a estudiar español y continué con ello durante la etapa de *high school* (preparatoria). Pasaba horas en casa viendo telenovelas y escuchando la radio en español, además de leer toda la serie de *Las crónicas de Narnia*. Siempre me esforzaba por mejorar. Pero para mí, no se trataba de calificaciones ni de reconocimiento académico.

Cuando estaba por graduarme de *high school*, tenía tres pasiones muy claras en mi vida: música, ministerio y misión. Quería combinarlas, entonces la conclusión lógica para mí era convertirme en un cantante de música de adoración en español. No me importaba que yo fuera un chico blanco común y corriente de los suburbios del condado de Ventura, o que mi familia tuviera raíces judías por un lado y alemanas por el otro. Quería hacer todo lo posible para compartir el evangelio con las personas que Dios había puesto en mi corazón, así que la ecuación era simple:

$$\begin{aligned} &\text{Música} + \text{Ministerio} + \text{Misión} = \\ &\text{Cantante de adoración en español} \end{aligned}$$

A veces, las cosas simplemente se dan así. Cuando sabes que Dios ha puesto algo dentro de ti y arde con intensidad, la solución es obvia. Pero luego les hablas de tu pasión a otras personas y ves que sus reacciones son distintas. Para ellas parece algo poco convencional. Extraño. Arriesgado. Tal vez incluso te digan en la cara que todo eso es una locura. No obstante, tú sabes la verdad. Sabes que los números no mienten.

Al comenzar a buscar en Dios tu sentido de propósito y pasión, puedes esperar que tu vida se vea diferente a la de los

demás. Cuando decides que realmente quieres ser un «loco por Jesús», debes esperar encontrarte en un camino distinto al de los demás.

No debería sorprenderte en absoluto.

«Dios ha escogido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios; y Dios ha escogido lo débil del mundo para avergonzar a lo que es fuerte» (1 Co 1:27).



Mi primer paso fue comenzar con las canciones. Escribí algunas, principalmente buscando en Google versículos bíblicos en español y luego armándolos en torno a una melodía sencilla. También traduje mis canciones de adoración favoritas del inglés al español y subí videos a YouTube cantándolas. Todo iba bien y crecía rápido, pero lo que realmente quería era salir de mi habitación y viajar a Latinoamérica para liderar la adoración allí.

Esa primera oportunidad llegó cuando tenía veinte años. Supe de una Iglesia Cuadrangular en las afueras de Tijuana. Me puse en contacto, les expliqué un poco sobre mí y les ofrecí viajar para dirigir la adoración. Tomó un tiempo recibir respuesta, pero finalmente, en octubre, puse mi guitarra acústica Tacoma en el asiento trasero de mi camioneta Tacoma y me dirigí al sur por una semana.

Tenía muchas ideas en mente mientras conducía, una visión clara de lo que iba a hacer y de cómo esperaba que todo esto encajara en el plan de Dios para mi vida.

Si soy sincero, mis pensamientos no eran los mejores, y mi plan no era nada extraordinario.

Era arrogante. Pensaba que, como venía de una iglesia grande que llenaba cientos de asientos cada semana, iba a enseñarle a esta pequeña congregación en las afueras de Tijuana lo que realmente significaba dirigir la adoración. Era joven y esa iba a ser mi primera experiencia en el campo misionero, pero tal como yo lo veía podía ser el próximo Billy Graham.

¡Prepárate, Latinoamérica, Evan Craft está en camino!

Llegué cuando la reunión nocturna ya había comenzado y me deslicé hacia un lado.

La reunión se llevaba a cabo en una carpa con piso de tierra. Había unas cuantas filas de sillas de plástico y luces de construcción iluminando las esquinas. El sistema de sonido emitía un zumbido fuerte, y la batería estaba tan destartalada que parecía que la última persona que la había tocado lo había hecho con martillos en vez de baquetas.

La pastora, una mujer llamada Claudia, estaba guiando a la gente en oración. Suplicaban a Dios que enviara un avivamiento a su ciudad. Conté unas veinte personas jóvenes y el doble de señoras mayores. Casi no había hombres de la edad de mi papá.

Me quedé observando y escuchando cómo oraban. Algunos estaban de pie. Otros, arrodillados en la tierra.

El aire estaba pesado.

Sentía mi respiración entrecortada en los pulmones.

La presencia de Dios era tan real como nunca la había experimentado.

Me parecía que algo me aplastaba desde dentro, una convicción profunda e innegable:

¡Cómo te atreves a entrar en Mi presencia así!

*¡Cómo te atreves a venir aquí pensando que vas a tomar
Mi lugar y robarte Mi gloria!*

Me sentí desnudo y avergonzado, convencido de que cualquiera que me mirara vería el fraude arrogante que era. Pero cuando la pastora Claudia se acercó y se presentó, me trató con pura calidez.

—¿Nos guiarás en la adoración, Evan?

Asentí con la cabeza y pronto estaba luchando por tocar las únicas tres canciones de adoración en español que conocía lo suficientemente bien. Mientras lo hacía, con los ojos abiertos, vi los rostros con más claridad aún. Adoraban con una pasión e intensidad que nunca había visto. Mi guitarra sonaba desafinada, mi voz se quebraba, pero no tenía duda de quién estaba liderando a quién esa noche. Ellos se rendían ante Dios y fueron lo suficientemente generosos como para dejarme acompañarlos.

Cuando me quedé sin canciones para tocar, aplaudieron. Pero esos aplausos no eran para mí, y no se parecían en nada a los aplausos educados que solían escucharse en el auditorio de mi iglesia. Estos aplausos eran fuertes. Y cuanto más duraban, más fuertes se volvían.

Enseguida la gente comenzó a orar. Como los aplausos, esto tampoco se parecía en nada a lo que yo conocía. Las voces se superponían unas sobre otras. Clamaban a Dios para que redujera la violencia, para que detuviera los asesinatos, para que pusiera fin a la devastación causada por las drogas, para que les diera suficiente comida y para que confrontara la corrupción que estaba paralizando su gobierno.

Me quedé quieto. Ojos cerrados. Cabeza inclinada.

Había conocido a muchos cristianos a los que admiraba: predicadores capaces de captar la atención de toda una iglesia o líderes de adoración con voces tan poderosas y dones tan grandes que era imposible no asombrarse. Había estado en muchos servicios impecables, bien organizados y cuidadosamente estructurados. Pero nunca había estado en algo como aquello. Nunca había estado en la presencia de cristianos que dependieran tanto de Dios para cosas que yo daba por sentadas. Nunca había estado rodeado de personas cuyas necesidades eran tan básicas, pero cuya fe era tan fuerte.

Sentí que mis piernas casi cedían bajo mi peso. De pie, escuchando las voces explotar dentro de la carpa, me di cuenta de que mi vida hasta ese momento había sido completamente diferente a la de ellos. Nunca había conocido el hambre. Nunca había conocido el peligro. Nunca había conocido la pobreza. Y nunca en mi vida había sabido lo que significa estar verdaderamente desesperado por Dios.

La reunión continuó por una o dos horas más, y yo floté en medio de todo como un pedazo de madera a la deriva en una tormenta. Canté un par de canciones más, plenamente consciente de que no estaba liderando a nadie en adoración. Ellos me estaban guiando en cada paso.

Durante la semana siguiente, pasé mis días aprendiendo nuevas canciones, hablando con la pastora Claudia o explorando el vecindario. Todo era nuevo para mí, diferente y emocionante. Pero lo que más esperaba cada día eran las reuniones nocturnas en la carpa. Esas horas eran lo mejor de mi día, de mi mes, de mi año.

Cada noche, las mismas personas llegaban para adorar y orar con la misma pasión de la primera vez que las vi cuando fui a la carpa. No se aburrían. No pedían que la pastora Claudia cambiara el formato. Porque esas personas no estaban allí para entretenerse o distraerse. Estaban allí para tener comunión con Dios. Estaban allí para clamar por la transformación de su comunidad y ofrecerse a ser Sus manos y pies.

Cuando llegó la última noche de mi estadía, la pastora Claudia se acercó y me agradeció.

—Queremos darte esto —dijo extendiéndome la mano.

De forma instintiva, extendí la mía. No sé qué esperaba, tal vez un folleto o una tarjeta de agradecimiento, pero en cuanto mis dedos tocaron el sobre, supe que era dinero. Lo abrí. Ochenta dólares.

Después de una semana entera de sorpresas en esa iglesia, esto estaba a otro nivel. Yo sabía lo poco que tenían. Ochenta dólares era una cantidad enorme. No podía entender por qué harían algo así. Le devolví el sobre a la pastora Claudia.

—No puedo aceptar esto.

—Sí puedes —dijo mirándome de una manera que me dejó claro que no tenía otra opción más que aceptarlo.

Quería decirle que no lo merecía. Quería decirle lo arrogante que había sido al conducir hacia allí, creyéndome un maestro cuando en realidad era un aprendiz. Quería decirle lo profundamente privilegiado que me había sentido de pasar esa semana con ellos. Quería decirle que ya había recibido más bendiciones de las que jamás podría haber esperado, y que este dinero era demasiado.

Pero la pastora Claudia no titubeó. No había nada más que discutir.

Al día siguiente, mientras conducía de regreso a casa y pasaba horas esperando en la frontera, estaba agotado y tenía mucho en qué pensar. Todo había sido tan diferente, tan intenso, que me costaba procesarlo. No sabía si Dios me había dado una bofetada metafórica en la cara o me había susurrado suavemente al oído. Hubo momentos en que parecía que había hecho ambas cosas al mismo tiempo: confron-tándome con la fealdad de mi arrogancia y al mismo tiempo invitándome a profundizar aún más en Su amor.

Mientras avanzaba lentamente hacia el norte, de regreso a mi hogar en la tierra de la riqueza, el poder y el privilegio, tenía la certeza de que Dios me estaba diciendo algo:

Si no aprendes a amar a Mi pueblo, aquí no pasará nada para ti. Esas personas no están aquí para que construyas tu carrera sobre ellos. No están aquí para tu entretenimiento. No están aquí para que practiques iniciando un avivamiento. Quiero que los ames como Yo los amo.

Aunque solo duró una semana, ese primer viaje cambió mi vida. Fue como si en los primeros minutos de una caminata épica el viento me hubiera arrancado el mapa de las manos y lo hubiera arrojado por un acantilado. Tuve que abandonar de inmediato todas mis ideas preconcebidas sobre hacia dónde iba y cómo iba a llegar allí, y en su lugar confiar en Dios. Todo sucedió tan rápido que a veces me pregunto de qué otra manera Él habría destruido mi arrogancia si yo no hubiera decidido ir a Tijuana creyéndome el heredero espiritual de Billy Graham. Tal vez había otra forma, pero estoy agradecido de que sucediera justo en ese momento, cuando tenía solo veinte años y mis planes de vida aún estaban escritos sobre concreto fresco.

Además de derribar mi ego y reordenar mis prioridades, todo esto me enseñó una lección vital: incluso cuando hay errores evidentes en nosotros, si nos situamos en los lugares donde Dios nos llama, nos damos la mejor oportunidad de estar cerca de donde necesitamos estar. Por eso la Escritura nos dice: «Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe» (He 12:2). Él es quien puede tomar lo roto e imperfecto y hacerlo nuevo otra vez. En otras palabras, a Dios no le molesta que lleguemos con un desorden o asuntos pendientes. Él solo quiere que lleguemos.

Por lo tanto, unas semanas después de haber regresado a casa desde México, estaba manejando de vuelta a Tijuana para unirme otra vez a la pastora Claudia. Solo que esta vez planeaba quedarme un mes entero.

Cinco años después, estaba hablando por teléfono con Paul, diciéndole que acababa de tocar frente a ochenta mil personas en Bogotá y que algo en todo eso no se sentía bien. Me encontraba muy muy lejos de la carpa de la pastora Claudia en las afueras de Tijuana.

En esos cinco años habían sucedido muchas cosas buenas, y tenía numerosas razones para estar agradecido con Dios. Había subido más *covers* a YouTube y visto los números crecer. Había escrito más canciones y conseguido un contrato discográfico. Había formado una banda con un grupo de muchachos que se convirtieron en mis mejores amigos, y juntos habíamos recorrido Latinoamérica. Había conocido a gigantes de la fe, como la pastora Claudia, hombres y mujeres

de Dios cuya fe eclipsaba la mía. Había estado en algunos de los lugares más hermosos del mundo y me había sumergido en algunas de las comunidades y culturas más maravillosas que uno pudiera imaginar.

Aun así, me hallaba demasiado lejos de la carpa de la pastora Claudia. Muy muy lejos de saber que estaba corriendo riesgos y poniéndome en un lugar donde realmente necesitaba a Dios. Muy muy lejos de ese estado de expectación nerviosa, en el cual no tenía ni idea de lo que Dios estaba a punto de hacer a continuación.

No había vuelto a mi antigua mentalidad arrogante, y no es que hubiera olvidado la lección vital sobre la importancia de amar al pueblo de Dios. Pero de alguna manera había perdido la claridad de mi propósito divino. Como una linterna cuyas baterías se van agotando lentamente, la visión tan clara y brillante que alguna vez tuve sobre servir a Dios a través de la música se había desvanecido. El cambio había sido tan lento que no lo noté al principio, pero cuando estaba sobre el escenario, con todas esas personas extendiéndose ante mí, la verdad era innegable: quería volver a ese lugar donde mi fe se sentía verdaderamente viva otra vez.

Capítulo 2

Zonas de confort

(y cómo evitarlas)

EL CONCIERTO FUE un momento de despertar impactante, pero no el único. Un día, al final de una gira de cinco semanas por Argentina, Bolivia y Ecuador, desperté después de una siesta en un hotel en Ambato. Apenas me levanté de la cama, me golpeó un deseo abrumador de regresar a casa. Extrañaba mis almohadas. Extrañaba mi casa en Houston. Extrañaba las verduras frescas. Quería poder cerrar los ojos y transportarme de regreso a mi pantalla gigante y mi internet confiable, y elegir mi ropa de un clóset en lugar de sacarla de una maleta. Quería volver a esa época en la que no tenía responsabilidades: sin sueldos de banda que pagar, sin giras que organizar, sin multitudes

frente a las cuales tenía que pararme y decir algo inspirador o significativo.

No regreses a tu zona de confort.

Las palabras fueron casi audibles.

No regreses a tu zona de confort.

En ese instante, mis quejas se disiparon. En su lugar, llegó la gratitud. Dios me había llevado a la aventura más increíble de mi vida, y aún había mucho más por venir. Claro, podía elegir volver a mi vida cómoda si quería. Pero en el fondo sabía que me lo perdería todo.

Hubo otra ocasión, en Paraguay, en la que estaba sentado en la oficina de un pastor, en silencio, antes de salir a tocar en una gran noche de adoración. La iglesia se encontraba en un pueblo llamado Encarnación, y era sin duda el lugar más caliente donde había tocado en mi vida. Afuera la temperatura rozaba los casi treinta y ocho grados centígrados (cien grados Fahrenheit), y cuando había estado en la parte trasera del auditorio más temprano, llegué a pensar que con tanta gente apretada en el lugar debía ser aún más caliente. El aire acondicionado no funcionaba, y juro que incluso vi a alguien desmayarse.

Sentado en la oficina del pastor, no me sentía bien al respecto. El calor me molestaba, pero no era solo eso. Estaba teniendo un momento de diva. La idea de tocar un set completo con canciones de otros artistas me estaba poniendo de mal humor. Me parecía patético ser el tipo de artista que solo entretiene a los cristianos con canciones escritas por otras personas.

Estaba en medio de una oración del tipo *Dios, no sé ni para qué me trajiste aquí*, cuando el pastor entró en la oficina.

—Evans —dijo añadiéndole una s nueva a mi nombre—. Quiero presentarte a dos personas. Condujeron tres horas para estar aquí esta noche.

Me puse de pie, me limpié el sudor de las manos y saludé a la pareja. Eran un poco mayores que yo, pero no mucho. El hombre habló primero, me dijo que a ambos les había encantado el *cover* que hice de una canción llamada «Glorious Ruins» [Ruinas gloriosas] de Hillsong Worship.

—Oh —dije—. Gracias.

—Esa canción fue muy especial para nosotros —añadió la mujer—. Nuestro hijo tenía cáncer, y era su canción favorita durante todo el tratamiento. Le encantaba la idea de que Dios pudiera hacer algo glorioso a partir de algo tan doloroso.

Hizo una pausa. El padre continuó la historia.

—Cuando se enteró de que íbas a estar aquí tocando esta noche, se emocionó muchísimo.

—¡Genial! —dije sintiéndome un poco tonto por haber sido tan diva—. Vamos a conocer a su hijo.

Hubo un silencio. Luego una mirada cargada de significado entre los padres.

—Falleció hace dos semanas —dijo la mamá—. Trajimos a sesenta personas con nosotros. Nos encantaría que la tocaras esta noche. ¿Lo harías?

Abrí la boca para decirles que, por supuesto, la tocaría, pero apenas me salieron las palabras.

Más tarde, empapado en sudor y lágrimas, estaba sobre el escenario cuando comenzó el ritmo de batería. Mi voz se quebraba. Mis manos luchaban por tocar los acordes. La banda nos sostuvo hasta el inicio del primer verso. Entonces, las

voces tomaron el control: un coro de sesenta personas, todas juntas cerca del escenario. Para el momento en que llegamos al coro, cuando la melodía subió y se elevó, ellos nos estaban llevando a todos en adoración.

Volví a la carpa.

No se trata de ti, Evan. Cualquiera que sea el arte que valores, cualquiera que sea la historia que crees estar contando sobre este viaje en el que estás... No se trata de ti. Se trata de si estás dispuesto a ser un canal del mensaje de Dios, de Su poder y de Su amor.



Vivimos en un mundo extraño.

Como consumidores, nos crían para buscar la comodidad. Nos enseñan a desearla, perseguirla y luchar por ella. A invertir nuestro tiempo, dinero y mejores esfuerzos en su búsqueda. La casa, el auto, los electrodomésticos, las suscripciones, las membresías, el fondo de retiro... Y cuando todas esas comodidades que hemos acumulado se ven amenazadas, cuando tememos perderlas —en el momento en que el banco embarga la casa, las tarjetas de crédito se congelan y el estilo de vida por el que trabajamos tan duro ya no es posible— podemos quedar aterrados.

Sin embargo, cuando nos encontramos con Dios, descubrimos algo asombroso, algo contracultural. Descubrimos que la comodidad no cumple la promesa que nos hicieron creer. Que no necesitamos perseguirla ni hacer de ella nuestra meta.

Y cuando profundizamos aún más en nuestra fe, descubrimos algo más increíble: si realmente queremos recibir lo

mejor que Dios tiene para nosotros, si realmente queremos ser bendecidos, entonces vivir con menos comodidades es el camino que debemos seguir.

Todo está en Mateo 5, cuando Jesús da su insuperable sermón:

«Bienaventurados los pobres en espíritu, porque
de ellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados los que lloran, pues
ellos serán consolados.

»Bienaventurados los humildes, pues
ellos heredarán la tierra.

»Bienaventurados los que tienen hambre
y sed de justicia, pues ellos serán saciados».

(vv. 3-6)

Estas palabras solían confundirme. No me gustaba la idea de ser pobre, triste y humilde, o de estar necesitado de justicia. Pero solo cuando estudié esos versículos entendí la verdad: Jesús está describiendo las condiciones ideales para acercarnos a Él.

Cuando estamos vacíos, nos damos cuenta de que no somos nada sin Él.

Cuando lloramos, comprendemos que el corazón de Dios también se rompe por los que sufren.

Cuando dejamos de confiar en nuestra propia fuerza y nos volvemos humildes, le damos más espacio a Dios para demostrar Su poder en nuestra vida.

Solo cuando realmente necesitamos consuelo, entendemos cómo darlo a los demás.

Cuando tenía veinte años, quería ver justicia en el mundo. Quería ver vidas transformadas y lo malo corregido. Mis intenciones eran buenas, pero mis suposiciones estaban un poco equivocadas. Creía que para ver cosas grandes tenía que hacer cosas grandes por mi cuenta. Sin embargo, el tiempo, el estudio y momentos como los de aquella noche en Paraguay, adorando con esa familia de luto, cambiaron mi perspectiva. Comprendí que nuestro papel es obedecer. Es Dios quien hace caer los muros de Jericó. Nosotros solo tenemos que ser obedientes y responder a Su llamado.

El Sermón del Monte no es un ataque contra la comodidad ni una advertencia de que los ricos enfrentarán problemas. Pero sí constituye una reconfiguración de nuestra forma de entender cómo obra Dios. Él no se aleja de quienes luchan con el dolor, la pobreza, el duelo o la depresión; no se aleja de esas situaciones que pasamos la vida tratando de evitar. Dios no huye de todo eso. En cambio, corre hacia ello. Nos encuentra ahí. Y a aquellos de nosotros cuyas vidas no han sido tocadas por el sufrimiento, nos llama a entrar ahí y unirnos a Él.

De manera que si al comenzar este libro te sientes confundido por la injusticia, la pobreza y el dolor que te rodean, tal vez estés en un lugar mucho mejor de lo que imaginas. Jesús te está bendiciendo y te está diciendo que Él te saciará. Te está llevando más lejos. Estás entrando en la milla extra.



Después de haber tenido esta experiencia con la pareja de luto en Paraguay, la revelación sobre mi zona de confort

en Ecuador y el concierto épico que no resultó ser la cima que imaginé en Colombia, estaba listo para hacer un cambio. Quería realizar algo que me hiciera depender de Dios nuevamente. Algo que restaurara ese sentido de propósito que se había ido desvaneciendo poco a poco en mi vida. Por encima de todo, quería hacer algo que tuviera un impacto tangible, práctico y positivo en la vida de las personas.

Un viaje benéfico en bicicleta de costa a costa, como el que hizo Paul, parecía la solución perfecta.

Así que me puse manos a la obra.

Pensé que la mejor forma de recaudar la mayor cantidad de dinero posible sería hacer una serie de conciertos, viajando en bicicleta de una ciudad a otra. Podríamos usar nuestro pago estándar para cubrir los gastos de la gira, encontrar una organización benéfica local a la cual apoyar y utilizar los conciertos como una oportunidad para recaudar fondos. Si hacíamos diez conciertos, calculé que podríamos recaudar cerca de cien mil dólares.

Después había que decidir la ruta. Paul y yo hablamos y analizamos varias opciones. Consideramos distintas posibilidades. Ir de costa a costa en México o recorrer Colombia de norte a sur, incluso hacer todo el trayecto de Panamá. Pero cuanto más investigábamos, más me gustaba la idea de comenzar en Chile y cruzar Argentina de oeste a este en bicicleta. Era una ruta larga, pero tenía dos ventajas claras: primero pasaríamos por Santiago, Mendoza, Córdoba y Rosario, ciudades donde tenía buenos contactos con iglesias maravillosas. Una vez que subiéramos los Andes, el resto del trayecto hasta la costa atlántica sería completamente plano.

Yo estaba de regreso en Houston, en la casa que compartía con mi banda. Les expliqué la idea del viaje en bicicleta, y parecían entusiasmados también. Ninguno de ellos era ciclista, pero eso no importaba. Paul ya me había advertido lo duro que sería recorrer cientos de millas en varios días, así que acordamos que la banda viajaría en auto entre los conciertos, dejando el ciclismo en manos de un grupo reducido de ciclistas experimentados y preparados, como Paul y nuestra amiga Essence, una ciclista profesional.

Y yo.

No había montado una bicicleta desde la secundaria y ni siquiera tenía una. Pero estaba en forma gracias al fútbol y tenía suficiente confianza en mí como para comprometerme. Además, deseaba empezar, así que tan pronto como acordamos la ruta, comencé a hablar con iglesias sobre la posibilidad de organizar conciertos para el siguiente verano.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Paul en una de nuestras muchas llamadas sobre el viaje. Sonaba bastante escéptico.

—Absolutamente. Nueve meses de entrenamiento empiezan ahora.

Acababa de comprar mi primera bicicleta de ruta: una Specialized de gama media con un asiento que no era más ancho que la palma de mi mano. A pesar de haber comprado los pantalones acolchados recomendados, mis primeros recorridos por las pistas de ciclismo en Houston fueron un tormento. Sentir casi todo el peso de mi cuerpo presionando sobre mis huesos pélvicos, en un asiento sin almohadillas, era algo que jamás había experimentado. Por un tiempo, me pregunté si Paul tenía razón al ser tan escéptico.

Un mes después de comprar la bicicleta, el dolor provocado por el asiento finalmente comenzaba a disminuir. De alguna manera, me acostumbré y ya podía hacer recorridos de diez millas varias veces por semana sin sentir que mis caderas estaban a punto de desgarrarse. Pero mientras el dolor físico se desvanecía, surgió un nuevo conflicto en la casa.

Siempre me llevé bien con mi banda y los consideraba mis mejores amigos. Llevábamos juntos casi cuatro años. Durante ese tiempo, habíamos viajado por toda Latinoamérica, viendo todo, desde Machu Picchu hasta la inmensidad de la Patagonia. Cuando no estábamos de gira, vivíamos en la casa que había comprado en Houston, y todo parecía un sueño: un grupo de amigos veinteañeros con pasaportes llenos de sellos y bibliotecas de fotos llenas de recuerdos increíbles.

Aunque mi nombre aparecía en la publicidad, siempre pensé en nosotros como una banda. Al principio, habíamos hablado de ser una banda tradicional, del tipo que divide responsabilidades, riesgos y ganancias por igual. Era un riesgo que yo estaba dispuesto a asumir, pero los demás no se veían tan convencidos de este arreglo. Me dijeron que preferían ser la banda de acompañamiento de Evan Craft y que estaban contentos con recibir un pago fijo por cada concierto. Para mí era importante que se sintieran valorados y que quisieran seguir a largo plazo, así que acordamos una tarifa muy por encima del promedio.

Todo había ido bien durante tres años, pero justo cuando Paul y yo comenzamos a planear el viaje en bicicleta, las cosas empezaron a cambiar. Parecía que tocar frente a ochenta mil personas también los había afectado a ellos, pero de manera

diferente. Algunos de los chicos me dijeron que querían ganar más dinero. Les expliqué que no podía pagarles mil dólares por noche cuando un concierto solo generaba cinco mil. Ellos respondieron que si tocábamos frente a tanta gente debíamos poder cobrar más, pero les dije que hacer más dinero no era mi objetivo.

No fue una conversación aislada. Se repitió varias veces a lo largo del otoño. Sabía que estaban frustrados y odiaba que estuviéramos chocando de esa manera, pero tenía la esperanza de que todo se solucionaría pronto. Creía que el viaje en bicicleta sería bueno para todos. Aunque los chicos no estuvieran en las bicicletas, pensé que se sentirían inspirados y emocionados. El viaje tenía todas las señales de ser una aventura planeada por Dios, y sabía que cambiaría nuestras vidas. Tal vez, todas nuestras vidas.

Acababa de volver de un recorrido en bicicleta cuando uno de los chicos se acercó y me dijo que tenía algo que contarme.

—Claro —dije mientras me preparaba una bebida deportiva.

—Renuncio.

Hablamos, pero su decisión estaba tomada.

Y no fue el único. En los días siguientes, otros me dijeron que también se iban. Uno había decidido casarse y ya no quería salir de gira. Otros se habían unido a otras bandas.

En dos semanas, se habían ido. No solo algunos de ellos, todos. Y no solo renunciaron a la banda, también se mudaron de la casa.

Justo cuando había decidido hacer algo para volver a encarrilarme con Dios, había perdido a mi banda y a mis

mejores amigos. Siempre pensé que seguiríamos tocando y recorriendo el mundo juntos. Siempre asumí que estábamos igualmente comprometidos con este proyecto apasionante. Siempre creí que permaneceríamos unidos en nuestro deseo de decirle sí a Dios.

Estaba equivocado.

Creo que la vida nunca me había parecido tan sombría como en aquel momento.

Property of HarperCollins

Capítulo 3

¿Artista o soldado?

(Es difícil ser ambas cosas)

SAQUÉ MI BICICLETA del maletero, volví a colocar la rueda delantera y escuché mientras Paul repasaba el plan.

—Es un circuito de trece millas. Mayormente plano, pero hay una subida entre las millas tres y seis. Si has estado haciendo diez en Houston, esto será pan comido.

Estábamos en Pasadena, en un estacionamiento cerca del Rose Bowl. La Navidad había pasado, y yo había viajado a California para pasar tiempo con mi papá y llevar mi entrenamiento al siguiente nivel, saliendo a rodar con Paul. Era nuestra primera salida juntos y me sentía bien. O al menos me sentía bien hasta que vi a Paul vestido con su traje de licra.

El tipo era una bestia.

Siempre había sido fuerte y corpulento, pero al subirse a la bicicleta y hacer algunos ajustes finales en su casco parecía un velocista olímpico a punto de competir por el oro. Sus piernas eran el doble del tamaño de las mías, y su presencia hacía que la bicicleta pareciera diminuta. Paul medía un metro ochenta y pesaba alrededor de noventa y nueve kilogramos. Yo, en cambio, medía un metro sesenta y siete y pesaba sesenta y cuatro kilogramos. A su lado, parecía un niño flacucho que pasaba la mayor parte del tiempo jugando videojuegos y que había tomado prestada la bicicleta de su hermano mayor para el fin de semana.

Nos pusimos en marcha y por unos momentos todo iba bien. Podía mantener el ritmo de mi mejor amigo.

Luego salimos del estacionamiento.

—¿Todo bien? —preguntó Paul mientras nos incorporábamos al camino vacío.

—Sí, bien.

—Genial. Entonces, vamos a darle.

Paul ajustó sus cambios, aumentó la potencia en sus piernas y se lanzó hacia adelante como si se hubiera enganchado a un camión en movimiento. Hice lo imposible para mantenerme a su ritmo. En cuestión de minutos, mis piernas estaban cargadas de ácido láctico, mis pulmones ardían y mi estómago se retorció con oleadas de náusea.

Paul redujo la velocidad, y para cuando llegamos a la subida en la milla tres, estaba pedaleando a mi lado, dándome palabras de aliento. Yo jadeaba y veía estrellas, y el tipo ni siquiera estaba sin aliento.

Nos detuvimos en la cima y Paul me pasó un gel energético. Lo absorbí de un trago y tomé una gran cantidad de agua.

—Creo... —dije entre sorbos y bocanadas de aire— que esto... ha sido... el peor error de mi vida.

Levanté la vista hacia Paul. Estaba sonriendo.

—¿Por qué pensé que podía hacer esto? —agregué.

Más sonrisas.

—¿Y por qué me pasé semanas en Instagram diciéndole a todo el mundo que vamos a recorrer mil millas sobre los Andes? ¡Si ni siquiera puedo hacer trece! Los chicos tenían razón al dejarme.

Las sonrisas desaparecieron. De ambos.

Poco después, seguimos pedaleando. La bajada fue mucho más fácil, especialmente porque Paul seguía conteniéndose. Mis pulmones dejaron de gritar tanto y la náusea comenzó a desaparecer. Mis piernas aún ardían, pero encontré una manera de canalizar mi tristeza por la banda en cada *pedalazo*. Cuanto más me dolía físicamente, más lamentaba en silencio el fin de la banda. Era pura emoción cruda y agotamiento físico. Era todo lo que tenía.

Durante las siguientes semanas en California, Paul y yo salimos a rodar mucho. Y de la misma manera en que mi trasero se había acostumbrado al asiento de la bicicleta, mis piernas y pulmones comenzaron a adaptarse a las exigencias de estar una hora o más en la carretera con Paul. Me ayudó a pasar de trece millas a veinte y luego a treinta. Y aunque terminaba de vuelta en la casa de mi papá, exhausto, anhelando un plato enorme de pasta y una siesta de toda la tarde, me sentía en paz. Estaba canalizando toda mi ira, frustración y desilusión a través de esas horas sobre la bicicleta. Era una oración profunda, sin muchas palabras, pero con muchísimo sudor.



A lo largo de estos años haciendo música he tenido la bendición de conocer a personas maravillosas. Productores, promotores, agentes y muchos más; nunca ha faltado gente a la que Dios ha usado para darme la palabra correcta en el momento justo. Y entre ellos, una de las personas cuyas palabras y sentido del tiempo siempre parecen ser los mejores es Marcos Witt.

La primera vez que supe de Marcos fue mientras investigaba cómo construir una carrera en la música cristiana. Busqué en Google «música cristiana en español» y ahí, entre los primeros resultados, estaba Marcos Witt, el epítome del artista cristiano que canta en español. En ese momento estaba en sus cuarentas, pero ya era el «más grande de todos los tiempos» (GOAT, por sus siglas en inglés). Sesenta millones de álbumes vendidos. Seis premios Grammy. Al hablar de éxito en términos de la industria, si Marcos Witt no lo había logrado, probablemente no valía la pena presumir de ello.

Lo conocí en el 2014, y en persona era aún más impresionante que en internet. Era amable, reflexivo y genuinamente interesado en un *youtuber* como yo, aunque no tenía ninguna razón para estarlo. Nos hicimos amigos, pero fue más que eso. Para mí, Marcos era un mentor, una especie de Yoda al que siempre podía acudir en busca de consejo.

Y lo hice. Muchas veces.

Como aquella vez en Bolivia, cuando llegué con mi banda y descubrí que la iglesia que nos había invitado ni siquiera había reservado un lugar para el concierto. Fue un caos de principio a fin, y un par de horas antes del evento, mi banda amenazaba con dejarme solo en el escenario. El primer

número que marqué fue el de Marcos. Le conté lo que pasaba y cuán frustrado estaba con todos.

Se rio.

—Si tuviera un dólar por cada vez que me sentí así... —dijo—. Déjame hacerte una pregunta.

—Okay.

—¿Eres un artista o un soldado?

Ese fue el momento clave. Una simple pregunta que puso mi estrés en pausa. Fue como si se abriera mi visión para ver la escena en trescientos sesenta grados, como si pudiera salir de mi mentalidad egocéntrica y recordar la verdad de por qué estaba ahí en primer lugar. No estaba ahí para ser un artista y construir una carrera. Estaba ahí para ser un soldado y servir a Dios.

No sé cuál es la visión de Dios para la vida de Marcos Witt. No quiero basar mis metas en lo que él ha logrado. Pero sí quiero emular su carácter.

Esta tendencia de querer copiar a otros a veces nos hace tropezar. Nos aferramos a una narrativa de cómo debería ser nuestra vida. Nos enfocamos tanto en ella que, cuando algo nos interrumpe o amenaza con desviarnos del plan, entramos en pánico.

¿La raíz de todo esto? Estoy convencido de que tiene mucho que ver con la comparación. No debería sorprender a nadie que cuando pasamos horas viendo la vida de otros —o para ser más precisos, la versión cuidadosamente seleccionada de su vida que ellos eligen compartir— nuestra propia historia parece insignificante en comparación.

Como cristianos, no estamos exentos de esto. A veces ponemos a la gente en pedestales y confundimos el éxito

mundano con la bendición espiritual. Nos fijamos en aquellos que creemos que «lo han logrado» y tratamos de alcanzar el mismo éxito. Pero al hacer esto, nos perdemos uno de los puntos más importantes de la vida de Jesús. Su invitación no era un llamado a alcanzar una serie de objetivos. Él no dijo: «Únanse a mi equipo y construiremos una religión que crecerá por millones en los primeros siglos». Lo que sí dijo fue: «Sígueme» (Mt 4:19, NVI).

A los discípulos, así como al joven rico, Jesús les dijo: «Sígueme». No era una promesa de resultados ni un ascenso de estatus. Era una invitación a tener una relación que transformaría por completo sus vidas.

Y sigue diciendo lo mismo hoy.

A mí.

A ti.

¿Cuál es tu respuesta? ¿Eres un artista o un soldado?

Por último, hacia finales de enero, volví a Houston. Tenía un par de nuevos compañeros de vivienda, pero sin la banda la casa se sentía vacía, silenciosa y solitaria. No me gustaba en absoluto.

—¿Evan?

—Ey, Marcos.

La llamada estaba atrasada desde hacía tiempo. Me tomó un rato explicarle mis planes para el viaje en bicicleta y todo lo que había pasado con la banda. Cuando terminé, Marcos me hizo una sola pregunta:

—¿Cómo te sientes?

—Frustrado. No creo que quiera estar en Houston más. Siento que todo está estancado.

—Eres como un auto en primera marcha. Los últimos años te han costado toneladas de energía solo para ponerte en movimiento; has invertido en la banda, en todo. Has sido el huracán Evan. Pero ahora necesitas cambiar. Tienes que hacer un cambio de marcha y enfocarte en cosas que sean más saludables para ti. Tienes que encontrar una banda a la que no tengas que arrastrar contigo.

Sus palabras me dejaron pensando. Desde que volví a Houston, me había estado sintiendo un poco víctima de la situación. No quería enfrentar la gigantesca tarea de reclutar y entrenar a una nueva banda. Después de todo, fueron ellos los que renunciaron. No se sentía justo que yo tuviera que empezar desde cero. Pero cuanto más pensaba en las palabras de Marcos, más entendía que cambiar de marcha no significaba volver a lo de antes. Significaba un nuevo comienzo. Una oportunidad para hacer las cosas mejor esta vez y evitar los errores del pasado.

Me gustaba mucho esa idea.

Y sabía exactamente dónde quería hacerlo.

Hubo una época en que Medellín, Colombia, era conocida como «La ciudad de los balazos eternos». Cuando yo estaba en el jardín de infantes, la revista *TIME* la declaró la ciudad más peligrosa del mundo. Y con razón. Era la cuna de Pablo Escobar, el narcotraficante más temido del planeta en ese entonces. Los asesinatos eran comunes y la corrupción estaba

por todas partes. En aquel entonces, una persona como yo no habría durado más de unas pocas semanas en Medellín.

Hoy todo es diferente.

Elegí mudarme a Medellín porque, de todos los lugares que había visitado a través de los años, era el más genial, vibrante, y lleno de emprendedores. Quizá debido a su pasado turbulento, la ciudad es ahora el lugar más optimista y enérgico que puedas imaginar. Está lleno de innovadores y artistas, de personas positivas y optimistas. Yo necesitaba un cambio de rumbo, y Medellín era el lugar perfecto para hacerlo.

A pesar de que había estudiado en España y pasaba un promedio de treinta semanas al año de gira, nunca había vivido realmente en el extranjero. Mudarme a Colombia condujo a un cambio importante, pero lo hizo más fácil el hecho de que cuando le conté mis planes de Medellín a mi mánager de gira, Adrián, él aceptó mudarse desde Costa Rica para acompañarme.

La vida mejoró casi de inmediato. Adrián y yo pasamos unas semanas en un Airbnb antes de alquilar un apartamento por seis meses. Encontré una iglesia a la que asistir y dediqué mi tiempo a vivir de la manera que Marcos me había aconsejado. No más huracán Evan. Desde que llegué a Medellín, puse mi enfoque en las cosas correctas. Cada día estaba abierto, y lo llenaba de la mejor manera posible. Iba al gimnasio. Escribía canciones con otras personas. Salía a comer con nuevos amigos, y pronto descubrí que en Medellín probaría la mejor comida de mi vida. Mi boca comenzaba a hacerse agua apenas ordenaba un plato de arepas, esas gruesas tortillas de maíz rellenas de chicharrón, frijoles, arroz, huevos, un poco de carne molida y algunos de los aguacates más grandes y verdes

que jamás había visto. Era delicioso. Me recostaba en mi silla después de dejar mi plato vacío, riendo con mis nuevos amigos, sintiéndome menos como el gringo de paso que solo venía a tocar y luego volaba a otro destino. Me estaba convirtiendo en parte de la comunidad.

La gente que conocí era increíble. Algunos habían abierto estudios de grabación para apoyar a músicos jóvenes. Otros habían fundado clubes comunitarios de fútbol. Conocí a mercadólogos, ingenieros, creativos y emprendedores tecnológicos. Me crucé con bandas superfamosas en el aeropuerto, con uno de los mejores futbolistas del país en una cafetería y terminé viajando a Mónaco para grabar un sencillo. Las puertas se abrían de par en par porque todas estas personas, desde las más reconocidas hasta las menos conocidas, compartían una misma mentalidad positiva y optimista sobre la vida. Si alguien tenía un problema o una idea, la respuesta siempre era la misma: «Hagamos lo posible para ayudar». Venir de Houston, rodeado de estrés y tensión con mi banda, a un ambiente tan lleno de vida fue como resurgir después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua.

Medellín es hermosa. Está situada en el extremo norte de los Andes, en un valle profundo rodeado de montañas. Desde abajo, no se ven los atardeceres, pero las casas de colores vivos tienen una belleza propia. Es un lugar mágico, y con solo unos meses antes del viaje en bicicleta, quería intensificar mi entrenamiento.

Descubrí que la ciudad es muy amigable con los ciclistas. Cada domingo y martes cerraban carreteras para habilitar la ciclovía. Esto me hizo pensar. Hasta ese momento, el

viaje que Paul y yo habíamos estado planeando solo tenía un nombre genérico: «El viaje en bicicleta». Claramente necesitábamos algo mejor. Y Medellín me dio la idea perfecta. *Ciclo Vida* era un nombre que resumía todo lo que buscábamos: usar el viaje en bicicleta para recaudar dinero y transformar vidas.

Ponerle un nombre al proyecto fue fácil. Acostumbrar mi cuerpo al terreno de Medellín no lo fue. Había escuchado de un grupo de ciclistas, una mezcla de locales y profesionales europeos, que eligieron Medellín como base de entrenamiento. Me uní a ellos en una rodada hasta el aeropuerto, diez millas de ida y diez de vuelta. Sabía que mis piernas y pulmones podían resistir la distancia, pero la inclinación me preocupaba.

Era una bestia.

La carretera comenzaba a subir abruptamente desde el inicio y no se nivelaba hasta llegar al aeropuerto, a novecientos setenta metros sobre el punto de partida. Dado que Medellín ya está a casi mil quinientos veinte metros sobre el nivel del mar, eso significaba que las últimas millas del ascenso estaban a una altitud aproximada de más de dos mil cuatrocientos metros, el punto donde normalmente comienza el entrenamiento de altura. Cuando se está tan alto, hay menos oxígeno en el aire, la fatiga aparece más rápido, pero también tiene beneficios, y esa es la razón por la que muchos de esos europeos fueron a Medellín a entrenarse. A gran altitud, el cuerpo se ve obligado a adaptarse a la falta de oxígeno, por lo que los vasos sanguíneos se vuelven más eficientes y se puede tener más energía en una exposición sostenida a las grandes alturas. También mejora la función cardíaca y la salud general. Nada mal. Mi idea era que, si entrenaba en

Medellín, cuando llegáramos a los Andes en el viaje de *Ciclo Vida*, la parte después de las montañas sería pan comido.

A pesar de mi optimismo, mi primer intento de llegar al aeropuerto demostró lo contrario. Me tomó una hora y veinticinco minutos llegar a la cima. El descenso, en cambio, duró quince minutos. Fue una locura. El dolor que sentí superó con creces el que había experimentado con Paul en el Rose Bowl de Pasadena. Pero sabía que me estaba haciendo bien.

Intenté variar mi entrenamiento. A veces rodaba con los ciclistas profesionales. Otras veces salía solo. Había un circuito de sesenta millas que pasaba por las afueras de la ciudad, con algunas de las mejores vistas del país. Con el tiempo, aumenté mi resistencia hasta que me sentí listo para intentarlo. Y qué recorrido fue ese. Montañas, plantaciones de café, praderas alpinas llenas de ganado. Y cada tanto, un pájaro exótico volando sobre mi cabeza. Estaba muy muy lejos de casa. Y pasé millas y millas preguntándome cómo había llegado hasta ahí.

No todo fueron paisajes hermosos ni momentos de calma y reflexión. Cuando decidí intensificar mi entrenamiento, empecé a buscar rutas cortas en la zona donde pudiera trabajar mi velocidad. No tenía auto en Medellín, por lo que mi única opción era la carretera del aeropuerto. El grupo de ciclismo solo se reunía una vez por semana, así que comencé a enfrentarme a la ruta en solitario. Fue entonces cuando descubrí la desventaja de ser un ciclista solitario en una vía transitada. Después de demasiados sustos con autos a toda velocidad, decidí pedir consejo a un par de ciclistas que había conocido. Medellín, como era Medellín, me dio una respuesta inusual, pero ingeniosa: alguien conocía a un amigo llamado Juan Pablo que tenía una moto y que, por seis

dólares la hora, estaba dispuesto a seguirme y actuar como mi protector en la carretera, incluso si quería salir a entrenar a las cinco de la mañana, antes de que el tráfico y el calor del verano fueran insoportables. Funcionó de maravilla. Tener a Juan Pablo detrás de mí hacía que los autos mantuvieran su distancia y que mi nivel de estrés bajara.

Sin embargo, un día me relajé demasiado. Estaba pedalando por una de las calles más transitadas de la ciudad, tratando de avanzar entre el tráfico. Mi entrenamiento iba bien, me sentía fuerte y confiado, sobre todo con Juan Pablo escoltándome. Eso significaba que estaba abusando un poco de la velocidad y prestando muy poca atención a mi entorno. No iba prestando atención al camino y, de repente, como salido de la nada, apareció un bache lo suficientemente grande como para causarme un daño serio. Intenté esquivarlo, perdí el control y choqué de lleno contra un separador que dividía el carril del bus del tráfico general. Por suerte, estaba hecho de plástico y no de concreto, pero aun así era mucho más fuerte que yo. Salí despedido de la bicicleta y aterricé de costado en medio de la vía.

Creo que quedé aturdido, porque lo único que pasaba por mi mente era la esperanza de que mi bicicleta estuviera bien.

Entonces escuché a Juan Pablo gritando:

—¡Para, para!

Sentí sus manos levantándose del asfalto. Al alzar la vista, vi un autobús acercándose justo hacia donde yo había caído.

Estuve conmocionado por una o dos horas, rumiando sobre lo peligroso que era andar en bicicleta en una vía tan transitada.

Habíamos planeado que cinco o seis de nosotros participáramos en *Ciclo Vida*, y en ese momento tuve una revelación: aunque todos los demás fueran mejores ciclistas que yo, como organizador del evento, la responsabilidad de su seguridad recaía sobre mí. Si algo salía mal, sería mi culpa.

Sé que es una conexión obvia, pero la forma en que entrenamos nuestro cuerpo para ser más fuerte, rápido y resistente tiene lecciones espirituales muy claras. Solo podemos desarrollar nuestros músculos cuando enfrentamos resistencia, y lo mismo ocurre con nuestra fe y confianza en Dios. No nos gusta cuando las cosas están en nuestra contra, quizás sea una adversidad inesperada o una oposición que bloquea nuestro camino, pero la vida es difícil y cuando acudimos a Dios, crecemos.

No sé quién fue la primera persona en decir que «Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los llamados», pero quien lo haya dicho capturó una verdad poderosa. Somos una obra en proceso. Somos barro en manos del Alfarero. Si queremos que Dios nos use, nos moldee y nos transforme para sus propósitos, debemos esperar desafíos. La gente nos abandonará. Nuestras propias equivocaciones nos meterán en problemas. Nuestro ego tomará el control y terminaremos chocando con una serie de obstáculos que, en realidad, están ahí para nuestra seguridad.

La Biblia está llena de ejemplos sobre esto, y uno de mis favoritos es la historia de José. Después de ser engañado, traicionado y vendido como esclavo cuando aún era un joven

(y algo arrogante), José pasó trece años en prisión. Al final de su historia, al enfrentarse a los hermanos que lo habían vendido, su perspectiva era clara:

«Ustedes pensaron hacerme mal, *pero* Dios lo cambió en bien para que sucediera como *vemos* hoy, y se preservara la vida de mucha gente. Ahora pues, no teman. Yo proveeré para ustedes y para sus hijos». Y los consoló y les habló cariñosamente. (Gn 50:20-21)

La historia de José deja claro que cosas malas suelen suceder. No es que Dios use el mal en sí mismo, sino que a pesar de la presencia del mal Dios sigue haciendo el bien. Por eso la vida de José glorificó a Dios cuando fue capaz de mostrar misericordia y bondad a sus hermanos, aun después de todo lo que le habían hecho. José aprendió una lección en el proceso. Él pudo haber pensado que su vida estaba arruinada en cualquier momento —mientras se encontraba en la fosa, en la cárcel, en el exilio— pero en lugar de eso permitió que su sufrimiento lo afilara y lo acercara más al Señor. Solo ese largo proceso de ser moldeado por Dios le permitió mostrar tal gracia a sus hermanos cuando regresaron. No dejó que la adversidad definiera su vida.

Adversidad. Pruebas. Tribulaciones. Llámalas como quieras. No tienen por qué quedarse así. Si aprendemos a perseverar y recorrer esa milla extra con Dios, esos tiempos difíciles pueden convertirse en herramientas para nuestro crecimiento.



Adrián estaba haciendo un gran trabajo organizando el *tour* de *Ciclo Vida*, pero yo tenía la responsabilidad de formar una nueva banda. Afortunadamente, tenía a Sebas en mi equipo, un ingeniero de sonido con quien había trabajado desde que lo conocí en un campamento en Bogotá en el 2014. Sebas era un verdadero *paisa*, nacido en Medellín, y tenía una enorme red de contactos y recomendaciones para mí. Pero más que eso, tenía una fe realmente contagiosa. Es una de las personas más generosas que he conocido: el tipo de persona que entrega sus zapatos y hasta su colchón a quien los necesite. Confía en que Dios proveerá, guarda poco para sí mismo y cree que una fe fuerte siempre debe traducirse en un impacto positivo en la vida de los demás. Tener a alguien como Sebas en el equipo solo fortalecía nuestra base.

La banda que armó estaba formada por músicos nuevos, pero con muchas ganas, algunos de los cuales nunca habían subido a un avión. Desde nuestro primer concierto juntos, justo después de Semana Santa, supe que eran perfectos. Luego de un vuelo temprano desde Medellín, nos esperaba un viaje de cinco horas por caminos irregulares y serpenteantes. Los nuevos iban apretujados en la parte trasera del miniván, tan apretados que apenas podían moverse. Pero ni una sola vez se quejaron.

El concierto en sí fue grande, lo suficientemente grande como para que estuviera Marcos Witt. El escenario estaba montado en el centro del recinto, con la audiencia rodeándolo por completo. Era un espectáculo impresionante, el tipo de escenario que podía marear a los nuevos, ya fuera por los nervios o por el ego. Pero una vez más, ellos se mantuvieron firmes, siempre enfocados en lo que Dios estaba

haciendo. Comprendían la visión de lo que Él nos había llamado a hacer, y cada vez que hablábamos de *Ciclo Vida*, yo sentía una profunda gratitud con Dios por haber reunido a esta banda. Marcos y yo realmente no tuvimos oportunidad de hablar en el concierto, pero si la hubiéramos tenido, le habría dicho:

—Encontré una banda de soldados.

Con la banda lista, dirigí mi atención al otro equipo que necesitaba formar: los ciclistas. Un amigo de Miami, Pablo, se apuntó rápidamente. Paul también estaba completamente comprometido, y nuestra amiga en común, Essence, junto con su prometido Nathan, aceptaron pasar su luna de miel uniéndose a la travesía. Pablo estaba en excelente forma física, Essence era ciclista profesional de enduro y Nathan también era ciclista, así que comenzábamos con buen pie. Un gran comienzo, de hecho, pero quería que alguien de Latinoamérica se uniera a nosotros, y preferiblemente un profesional.

Empecé hablando con la gente que había conocido en Medellín. Según mi perspectiva, teníamos una propuesta bastante atractiva: íbamos a tener una gran presencia en redes sociales, y aunque el recorrido en sí superaba las mil millas, la manera en que lo habíamos dividido hacía que, para un ciclista profesional, el reto físico de *Ciclo Vida* no fuera tan difícil en comparación con una carrera de alto nivel. El *Tour* de Francia cubre más de cien millas al día durante más de tres semanas, mientras que la Vuelta a España promedia ciento cuarenta y nueve millas diarias en catorce días. *Ciclo Vida* dividía el recorrido en dieciocho días de pedaleo, con

un promedio mucho más manejable de sesenta millas por día. Para un ciclista de élite sería relativamente sencillo, pero para alguien como yo era un desafío monumental, similar a correr casi un maratón completo cada día durante dieciocho días seguidos.

Con el fin de hacerlo más atractivo para los profesionales, siempre me aseguraba de explicar que planeábamos recaudar hasta cien mil dólares que serían donados a organizaciones locales sin fines de lucro que estaban transformando vidas en la región. Tendríamos tres vehículos de apoyo en todo momento, y cubriríamos la alimentación y el hospedaje de nuestros ciclistas durante el trayecto. Incluso estaba dispuesto a usar mis millas de viajero para ayudar con los vuelos de ida a Chile y regreso desde Argentina. Al menos para mí, *Ciclo Vida* era una gran oportunidad. Todo era ganancia, sin ninguna pérdida. ¿Cómo podría resistirse un profesional?

Debía estar pasando algo por alto, porque aunque algunos ciclistas locales mostraban interés, ninguno estaba lo suficientemente convencido como para decir que sí.

Así que me lancé a Instagram. Y lo hice con todo. Empecé a enviar mensajes a cada ciclista profesional latinoamericano que pude encontrar. Me puse en modo vendedor total, resaltando los beneficios y haciendo todo lo posible para comunicar qué gran oportunidad era aquella.

Aun así, nadie aceptó.

Así que amplié mi búsqueda. Empecé a contactar con marcas de bicicletas y cualquier otra persona de la región que pudiera aportar algo al recorrido.

Todavía nada.

Ya era junio y faltaban solo doce semanas para el inicio de *Ciclo Vida*. Empecé a estresarme. Si nadie aceptaba pronto, tendríamos que conformarnos con el equipo que ya teníamos. No me molestaba la idea de que fuéramos un equipo completamente estadounidense, pero no era mi primera opción. *Ciclo Vida* se trataba de sumarnos a lo que Dios ya estaba haciendo en Latinoamérica, y tenía sentido que algunos ciclistas latinos fueran parte del equipo.

Pasé horas navegando, explorando y buscando nuevas cuentas para seguir, hasta que vi a Alice Varela. En ese instante me detuve. Ella era todo lo que había estado buscando: una ciclista profesional de Venezuela. Pero eso era solo la mitad de la historia. Alice no era cualquier profesional sobre una bicicleta; era una ciclista paralímpica. Su cuenta de Instagram mostraba fotos de ella con una pierna protésica en su vida diaria, y luego sin ella mientras pedaleaba en un velódromo.

Hice todo lo posible por descubrir su historia. Parecía que había tenido un accidente y que su pierna derecha había sido amputada por encima de la rodilla. No podía decir con certeza si había empezado a andar en bicicleta antes o después del accidente, lo que sí resultaba evidente en sus publicaciones era que no dejaba que su discapacidad la detuviera. Le apasionaba inspirar a las personas y alentarlas a perseverar a pesar de cualquier adversidad.

Todo lo que vi y leí sobre Alice me impresionó. Sabía que sería una persona increíble para tener en el recorrido, no solo para nosotros los ciclistas y para el equipo en general, sino también para las diez audiencias a las que tocaríamos en el camino. ¿Qué tan increíble sería que Alice subiera al escenario

durante cinco minutos en cada concierto? A lo largo de mis viajes por Latinoamérica, había conocido a muchas personas que enfrentaban enormes dificultades y estaba seguro de que los jóvenes se sentirían inspirados por su historia. Podría compartir su mensaje de resiliencia y determinación, algo que sin duda conectaría con muchas personas. Me encantaba la idea de entregarle el micrófono a Alice y animar a la gente a depositar su esperanza en Jesús. Todo el concepto tenía un gran potencial.

Sin embargo, Alice no estaba muy convencida.

Tan pronto como encontré su cuenta, le envié un mensaje directo, pero nuestra primera conversación no estuvo precisamente llena de entusiasmo.

@evancraft: Hola, Alice. He visto tu perfil y me encanta lo que estás haciendo. Estoy organizando un recorrido en bicicleta desde Santiago hasta Buenos Aires en agosto con el fin de recaudar fondos para organizaciones benéficas locales. Me encantaría que te unieras a nosotros. ¿Podemos hablar para contarte más detalles?

Respondió casi de inmediato.

@alicevareliita: Nunca he salido de Venezuela.

No era el peor rechazo que había recibido hasta el momento, así que insistí.

@evancraft: Eso está bien, Alice. Podemos reservar los vuelos para ti. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

@alicevareliita: Tal vez. No sé. Tengo que hablar con mi entrenador primero.

Y eso fue todo. Después de esos pocos primeros mensajes, hubo silencio. No había logrado convencerla, así que dejé de insistir y volví a buscar a alguien más.

Un mes antes del inicio del recorrido, estaba revisando mi teléfono cuando vi una nueva publicación de Alice. Era como muchas otras que había compartido: una imagen de ella pedaleando, con la mirada fija y determinada en la pista frente a ella. Debajo, había escrito algo que encajaba perfectamente con la foto: «Tengo que seguir adelante. Y le diré a la gente que ellos también pueden hacerlo. Les diré que la vida sigue valiendo la pena».

Por primera vez, noté que vestía el uniforme de la selección paralímpica de Venezuela y empecé a pensar en cómo debía ser su vida allí. Con una inflación del diez mil por ciento y el país sumido en una crisis social y humanitaria sin precedentes, Venezuela aparecía en las noticias cada semana. Era un lugar casi imposible para vivir. La gente huía a Brasil, Colombia, Argentina, México y hasta Estados Unidos. La situación estaba tan dura que muchos preferían arriesgarlo todo para escapar. Y, sin embargo, Alice seguía allí.

Me impactó aún más lo extraordinaria que era. En las semanas anteriores, había revisado cientos, quizás incluso miles de cuentas de ciclistas en Instagram, y ninguna tenía la capacidad de inspirar y conectar como la suya. Era perfecta. Pero seguía en silencio.

Le envié otro mensaje.

@evancraft: Hola, Alice. Me encantaría que te unieras a nosotros en el recorrido. ¿Estás segura de que no puedes venir?

Esta vez, su respuesta no fue inmediata.

Tardó días en responder. Pero cuando lo hizo, su tono había cambiado.

@alicevareliita: ¿Podría llevar a mi compañero de ciclismo?

Por un breve instante, consideré la idea de decir que no. No tenía idea de quién era su compañero de ciclismo, pero lo último que necesitábamos era alguien que solo viniera a aprovecharse. Estábamos tratando de recaudar la mayor cantidad de dinero posible, y pagar otro pasaje y el alojamiento representaba un gasto adicional. Pero luego lo pensé desde su perspectiva y me di cuenta de lo extraño que debía parecerle todo esto: un tipo completamente desconocido de Estados Unidos la contactaba de la nada y le ofrecía llevarla a otro país para participar en un evento de ciclismo un tanto atrevido. Si no sospechaba nada, probablemente debería haberlo hecho. Pedir llevar a alguien con ella no era un capricho ni un acto de diva; era una decisión totalmente sensata e inteligente. Eso hizo que me agradara aún más.

Así que al día siguiente le respondí:

@evancraft: ¡Sí! Nos encantaría tenerlos a ambos en el equipo.

Alice respondió de inmediato. Estaba más que feliz y me envió el enlace al perfil de su compañero de ciclismo.

Lo abrí de inmediato. Alex era otro atleta paralímpico, un joven cuya pierna derecha había sido amputada por debajo de la rodilla.

Property of HarperCollins